
Aportación Extranjera

Recordando a Albert Schweitzer

HANS ZELLWEGER

NACIO EN SUIZA EN 1910. Después de graduarse de médico en su país permaneció dos años en Africa, en el hospital que el Dr. Albert Schweitzer dirige en Lambarené. Al finalizar dicho período se trasladó a Zurich, donde ingresó en la clínica de niños del profesor Guido Fanconi, alcanzando la jerarquía de jefe. Durante los años de la segunda guerra mundial trabajó en organizaciones internacionales encargadas de evacuar niños de Europa, conociendo Australia y diversas regiones de Asia. En 1946 ocupó el cargo de profesor y jefe del departamento de pediatría de la Universidad Americana de Beirut, Líbano, permaneciendo en él siete años. Desde 1958 se encuentra radicado en los Estados Unidos como profesor de pediatría en la Universidad de Iowa. Sus trabajos principales versan sobre trastornos neurológicos y musculares de la infancia.

POCO antes de cumplirse el 85 aniversario de Albert Schweitzer, el 14 de enero de 1960, me pidieron una contribución para un libro de ensayos y notas diarias acerca de su personalidad. Mientras pensaba en lo que iba a decir en ese trabajo, recordé incidentalmente que Schweitzer había visto llegar y marcharse a una buena cantidad de colaboradores como yo, en su hospital de Lambarené. Desde mi permanencia en ese lugar han pasado más de veinte años. Cuanto más tiempo transcurre desde la época de mi permanencia en Lambarené y mi vida actual, mayor será la posibilidad de que los hechos que ocurrieron entonces se desdibujen en la sombra y aún se pierdan en el olvido. Es por ello que me sentí complacido al poder acudir a mis breves anotaciones de aquellos días, como necesaria ayuda de mi evanescente memoria. Luego que el libro vio la luz, me sentí obligado a reflexionar más a fondo acerca de las cosas de Lambarené y acerca del propio Schweitzer. De los artículos aparecidos en ese libro, tanto de los que llegaron antes

a Lambarené como de los que llegaron después de mi colaboración, pude juzgar —con agrado— que tanto el carácter del hombre como la índole del lugar no han cambiado en forma apreciable a través de los años. Realmente no esperaba que fuera así, pero no obstante había algo que me perturbaba. Pareciera que el tiempo y la distancia habían actuado en la imagen pública de Schweitzer en forma muy semejante a la que operaron sobre mi propia memoria.

Mucha gente critica actualmente a Schweitzer afirmando que éste es objeto de un “culto”. Y no es Schweitzer el centro de tal adoración sino el símbolo de Schweitzer. La idea de Schweitzer como símbolo no es intrínsecamente mala; por mi parte la apoyo en tanto el símbolo sea verdadero. Lo malo es que el símbolo ha llegado a ser en gran parte incorrecto.

No sé exactamente lo que determinó que el símbolo llegara a ser indefinido y superficial. Posiblemente las ideas y los actos del hombre hayan sido excesivamente simplificados hasta el punto de carecer de sentido. Cuando en 1937 decidí ir al África y trabajar con Albert Schweitzer él era bien conocido para ciertos grupos de personas de Alemania, Inglaterra, Holanda, Suiza y los países escandinavos. Pero no lo era universalmente como ocurre hoy, cuando aun los escolares pueden decirnos algo acerca de su persona. Llegar a ser conocido por un público tan amplio significa, axiomáticamente, que la imagen del hombre se convierte en algo vago y difuso. Ello ocurrió posiblemente debido a que, si bien deformó la personalidad de Schweitzer, la hizo más asequible.

En el empleo de cualquier símbolo hay implícito un grado de misticismo. En el desarrollo de Schweitzer como símbolo (o si se quiere como imagen pública) pareciera que el verdadero símbolo-mística haya sido confundido con la convicción religiosa del propio Schweitzer. La creencia religiosa no es necesariamente misticismo. Aun cuando tenga condiciones para serlo, Schweitzer no es un místico.

A los ochenta y seis años, Schweitzer trabaja aun “full-time” en el hospital de Lambarené. Esto a una edad en que la mayoría de las personas disfrutan del retiro. Y en un clima donde generalmente los hombres blancos necesitan una o dos horas más de sueño de lo corriente. (Lambarené tiene un clima debilitante para extranjeros y es necesario trasladarse a un clima más benigno cada dos años para recuperarse).

Trabajar “full-time” significa para Schweitzer trabajar casi todo el día y casi toda la noche. Yo vi su ventana iluminada muchas veces a altas horas de la noche, cuando requerían mis servicios en el hospital. Solía permanecer sentado ante su escritorio pensando y escribiendo hasta

APORTACION EXTRANJERA

cerca del amanecer. En las primeras horas de la mañana Schweitzer cambiaba de tareas para retomar su labor habitual vigilando y distribuyendo órdenes.

Esta clase de energía es muy poco común y me atrevo a afirmar que es una de las razones que permitieron a Schweitzer realizar tanto. Desde los 30 a los 36 años Schweitzer fue un miembro activo del cuerpo de profesores de la Escuela de la Divinidad de Estrasburgo; fue estudiante de medicina en el mismo colegio. Los días domingo oficiaba de ministro en una iglesia. Realizó varias giras por Europa dando conciertos de órgano. Fue autor de una profunda investigación sobre el pensamiento de San Pablo. Revisó su ya famoso libro sobre la historicidad de Jesús y escribió su tesis médica sobre aspectos psiquiátricos de la mentalidad de Cristo.

Si ésta ha sido la obra de un místico, se trata de un místico particularmente recio. En realidad, gran parte de la vida de Schweitzer ha sido empleada en hacer cosas antitéticas a la calidad inefable del misticismo. El es un racionalista de la vieja Escuela y explícito, por lo tanto, sobre sus medios y sus fines.

En cuanto a la religión, dice: "Estoy convencido que los principios fundamentales del Cristianismo deben ser probados por razonamiento y no por método. El pensamiento desarrollado hasta su conclusión lógica conduce a la religión".

Por ser un firme racionalista, Schweitzer no es un ecléctico moderno ni un fatalista. Por eso creo que él no está generalmente en buenos terminos con la filosofía moderna. Mucho antes de haberlo expresado formalmente, Schweitzer pensaba que la fusión del racionalismo ideal y la realidad práctica ofrecían a los hombres un medio para actuar éticamente.

En 1913, la miseria y el silencio de la jungla ofrecían una solución realista a una ética que hasta ese momento había sido meramente intelectual. Lo que hizo entonces puede expresarse en términos muy simples. Para alcanzar sus fines necesitaba un medio ambiente pacífico. Tal ambiente sólo puede lograrse cuando los hombres se respetan mutuamente, con amor y sin violencia. Por trivial que este esquema parezca, Schweitzer demostró que era eficaz. Para hacerlo factible se convirtió en médico. Intelectualmente, él buscaba una existencia racional y pacífica; lo logró prácticamente ejerciendo la medicina en la selva africana.

La esencia de esta síntesis ha sido expresada por Schweitzer en su famosa frase *veneración de la vida*. Él escribe: "La idea central de mi teo-

ría del universo es que la relación con mi propio ser y con el mundo objetivo están determinados por la veneración de la vida. Es bueno amar y mantener la vida; es malo reprimirla y destruirla”.

Dicha frase tipifica en cierto modo su pensamiento y, en consecuencia, deviene parte del símbolo al que me he referido. Pero también esa idea ha sido deformada. Se la confunde a menudo con una especie de beneficencia agresiva. La frase original alemana *Ehrfurcht vor den Leben*, tiene un sentido sutil de respeto y temor reverente que es más conciso que su aproximación en nuestra lengua. Esa expresión alemana tiene un matiz imperativo difícilmente traducible. Quizás el concepto que más se acerca a ella sería de “temor reverente ante la vida”.

Para Schweitzer la vida es sacrosanta. Son muchas y bien conocidas las anécdotas que ilustran ese sentimiento. La más famosa de ellas es probablemente la que se refiere a la expulsión de los mosquitos portadores de malaria sin causarles mal, del comedor del hospital. Tales anécdotas se prestan al equívoco. Ellas presentan al lector una personalidad que sólo en parte concuerda con la del verdadero Schweitzer. Él es esencialmente práctico en todos los problemas. Si los mosquitos hubieran podido perjudicar seriamente a una persona, habría adoptado las medidas indispensables para evitarlo.

Su aparente distanciamiento de las cosas ha sido frecuentemente mal interpretado y ha contribuido, creo, a la vaguedad del símbolo. Es desconcertante para los visitantes, generalmente de la más variada procedencia, el comprobar que aun cuando se los recibe con una cortesía normal, Schweitzer no se prodiga excesivamente. Se les permite observarlo todo, inspeccionar, hurgar en los detalles si lo desean, pero no interferir en la labor. Todo tipo de formalidad que tienda a ser artificial no es permitido en ese hospital. Y aunque la cortesía humana se brinda siempre, no es de ese género exuberante que tan a menudo encontramos en América.

Me temo que los americanos en sus comentarios de sobremesa acerca de Schweitzer conviertan a su grande y bondadosa personalidad simplemente en un buen viejo amable. Schweitzer no se permitió —no podía permitírsele— ser absorbido por las pequeñas trivialidades de la vida diaria. Su reputación de benevolencia proviene de su encantadora precisión. En el hospital era difícilmente asequible a un vano parloteo, pero siempre estaba dispuesto con su comprensión y su palabra alentadora cuando era necesaria. Muchos de nosotros solíamos padecer en Lambarené una penosa sensación de encierro y aburrimiento. Schweitzer siem-

APORTACION EXTRANJERA

pre encontraba el modo de aliviarnos de ella empleando la frase justa en el tono adecuado.

“El hombre verdaderamente fuerte es bueno”, escribió una vez. La bondad de Schweitzer corresponde a ese género de fortaleza. Emanan su fuerza, así como se refleja en la severidad de su filosofía racionalista. No hay al respecto relatividad ni complacencia alguna. Es probable que considere a ciertas manifestaciones de la filosofía moderna, tales como el existencialismo, como fruto de la debilidad. Consecuente con su pensar, cuando marchó a la selva, no lo hizo para adaptarse a la condición de los nativos. Al mismo tiempo que dirigía el hospital, continuaba con su música, sus escritos, sus investigaciones.

Gran parte de su personalidad surge de su condición de viejo europeo, hecho que suele ser ignorado en la imagen pública de Schweitzer. Fue educado en las tradiciones alemanas (de la época anterior a la primera guerra mundial), tradiciones íntimamente ligadas a una sociedad patriarcal. Era algo semejante pero más rígido aún, al puritanismo de la primitiva sociedad americana. Por otra parte, en su calidad de profesor universitario, era miembro de esa sociedad en el más alto nivel. Se trataba de una definida categoría de clase intelectual. Para la tradición democrática americana resulta difícil imaginar el rigor con que era observada esa diferencia.

En este país, la jerarquía intelectual y académica nunca ha sido bien definida y sus límites pueden cruzarse fácilmente. Entre nosotros un profesor puede abandonar la enseñanza para ocuparse de otras tareas sin que nadie se alarme. En Europa hay una neta separación entre la universidad y el mundo corriente. La decisión que adoptó Schweitzer en 1913 de dejar el profesorado fue para sus contemporáneos algo chocante. Al proceder así eligió una especie de ostracismo. Era al mismo tiempo sacrilegio y sacrificio.

Yo nací en Suiza, en una generación posterior a Schweitzer y fui estudiante secundario y universitario durante los difíciles años en que el hambre y la desmedida inflación se extendían por Europa. Durante ese lapso, algunos aspectos del sistema de clases fueron suavizados. Por consiguiente mi formación fue determinada por conceptos más democráticos y hoy me adapté a las demarcaciones profesionales todavía menos rígidas existentes en América. Sin embargo, era para mí psicológicamente difícil imaginarme al famoso Schweitzer en la selva realizando labores domésticas. Y lo vi cavando zanjas para desagüe y llevando piedras para cons-

truir muros de contención y evitar que el desborde del río Ogowe inundara el jardín del hospital.

Sólo más tarde pensé que podía comprender por qué él realizaba esas, para mí subalternas tareas. Lo relacionaba con su profunda convicción de la vida. Quizás la Biblia nos ofrezca una clave: "Y quien pierda su vida, la hallará". Nunca le pregunté por qué realizaba ese género de trabajo, pues estaba completamente seguro de su respuesta: "Hago lo que es bueno para el hospital", me hubiera contestado. Y probablemente me hubiera sugerido que esperaba que todos los demás hiciéramos igualmente lo que nos pareciera bueno para la institución. Exigía de sí mismo y a sus colaboradores una total identificación con la tarea a realizar. Era extraordinariamente sagaz en la selección de sus colaboradores. A través de los años logró formar un grupo realmente consagrado a la misma. Aun hoy sigo admirando especialmente a las enfermeras que a menudo trabajan hasta el agotamiento atendiendo a una multitud de enfermos nativos.

Pero también estaba dotado de autoridad personal. Es posible que ello proviniera de su pasado patriarcal, pero también pienso que se trataba de la autoridad natural de un hombre que sabe lo que quiere y que observa que ello se va realizando.

En el caso del hospital, él conocía lo que era necesario hacer, cuáles suministros debían ser requeridos, qué tareas debían ser supervisadas, qué era lo que había que construir o reparar de inmediato. Había que hacerlo a su modo, pues no tenía objeto discutir con Albert Schweitzer. Él mismo lo ha dicho.

Sus críticos confunden a menudo esa actitud con una excesiva confianza en sí mismo. No se trataba de eso. Toda organización necesita dirección y decisiones firmes. Tal era particularmente el caso del hospital de Lambarené. Allí, donde dos o tres médicos y un puñado de enfermeras manejaban un hospital con más de trescientos pacientes, no era ciertamente el lugar adecuado para someter las decisiones a tediosas reuniones de comité.

El concepto patriarcal también implica en cierto sentido la noción de cariño paternal. Y si a menudo se dirigía a quienes le rodeaban llamándoles *mes enfants*, era sin duda para expresar así su cariño.

Nosotros, por ejemplo, no recibíamos paga. (En realidad, no había mucho que comprar salvo algunos objetos de arte nativo). Sin embargo, si alguna vez necesitábamos dinero, no teníamos más que pedirlo.

APORTACION EXTRANJERA

Si queríamos salir alguna noche (aunque no había mucho que hacer afuera), él procuraba que tuviésemos una canoa y la consiguiente tripulación para llevarnos a la otra orilla del río, donde se hallaba la aldea de Lambarené.

He hablado ya de la imagen perfecta o imperfecta que de Schweitzer tiene la gente a distancia. Una imagen distinta y que en ciertos casos puede ser más ajustada a la realidad, es la que se han formado los nativos.

Esta gente de Lambarené lo ignora todo en cuanto a ciencia moderna. Para ellos, cualquier objeto común puede convertirse en símbolo de algún género de magia. A juicio de ellos Schweitzer es un hombre que puede matar a uno y volverlo a la vida, quitándole, entre tanto, el mal que sufría (Concepción de la anestesia). No lo comprenden, pero sienten su fuerza y le llaman *El gran doctor*.

A causa de su ignorancia, los nativos tienen muchas creencias curiosas sobre la causa de la enfermedad. Es la actitud semejante a la del niño que se enoja con la piedra con la que tropezó su pie. Suponen que la enfermedad es causada por el mal de ojo o por un vecino vengativo. Una rama de un árbol que se desploma sobre una persona, corresponde a un propósito, pues según creen, ella ha sido hechizada por la magia. Un dolor en el pecho es causado por un gusano que, realmente, es un brujo que ha tomado forma de gusano. Su creencia en la brujería es absolutamente firme. He visto morir a individuos sanos porque creían que estaban hechizados.

Teniendo en cuenta todo esto, no era fácil obtener una descripción objetiva de la enfermedad por parte de un paciente nativo. La descripción de los síntomas de la enfermedad estaba tan a menudo mezclada y distorsionada con supersticiones que la historia clínica era frecuentemente de escaso valor para el diagnóstico. Y lo que era peor, su recuerdo de la iniciación de los síntomas no iba más allá de los últimos dos o tres días.

Como médicos, nos sentíamos a menudo igualados con los curanderos nativos. Puesto que el curandero es, en sus rituales, un creador de supersticiones y fetiches, los nativos que venían a vernos creían que también nosotros teníamos fetiches y que en cierto modo éramos omniscientes. Por consiguiente, nada nos referían, tratando de descubrir taimadamente hasta dónde llegaban nuestros poderes mágicos. En muchos casos, como respuesta a mis preguntas decían: "Usted es el doctor, usted sabe".

A mi juicio el hecho de que Schweitzer haya logrado el éxito que obtuvo en el tratamiento de los nativos proviene de su aceptación práctica de la realidad, que constituye uno de los rasgos de su modo de ser. No vaciló en hacer concesiones a las costumbres nativas. Practicaba sus curaciones de modo que fueran comprensibles para los nativos; llegó en ese sentido hasta los extremos a que podía llegar sin apartarse de los principios de la medicina moderna. Esto era apreciable incluso en la organización material del hospital.

Algunas de las veinte tribus de la zona de Gaboon a las que servía el hospital estaban en guerra abierta unas con otras y casi todas se desconfiaban mutuamente. Incluso eran mirados con suspicacia los individuos no pertenecientes a determinado grupo familiar. Schweitzer lo tenía en cuenta e instaló barracas separadas para las diversas tribus.

En el interior de cada grupo familiar los lazos son en cambio más estrechos y ello crea otro problema. Separar a un paciente de su familia era cosa difícil. Un enfermo solía llegar al hospital junto con toda su familia, a veces con varias esposas y un verdadero enjambre de niños. Todos debían ser alojados en la misma barraca que el paciente. No era raro encontrar a uno o dos chiquillos de corta edad durmiendo en torno de un aparato extensor de una pierna fracturada.

Sin embargo, en el caso de las enfermedades contagiosas, Schweitzer había establecido reglas inflexibles. Medidas estrictas obligaban a los nativos a conformarse con ellas. Así, por ejemplo, para los enfermos de disentería amebiana, Schweitzer construyó un recinto conteniendo varias chozas y un jardín, donde los enfermos eran encerrados hasta que cumplieran la cuarentena. De igual modo los pacientes a quienes se administraba un vermífugo (tratamiento para expeler gusanos y parásitos intestinales) eran encerrados en tal recinto mientras duraba el tratamiento.

Los alimentos que entregábamos a los pacientes debían ser crudos y no condimentados y consistían en banáneas, casabe, mandioca, pescado seco y sal (la sal era un gran lujo). Los nativos no habrían aceptado alimentos preparados. Creían supersticiosamente que era posible introducir en los alimentos toda clase de brujerías. Por consiguiente, cada familia tenía frente a su barraca un pequeño fuego donde cocinaban su comida.

Todo eso daba naturalmente al hospital un aspecto primitivo que muchas veces provocaba críticas. Las condiciones de vida, las formas de alojamiento y de preparación de alimentos eran intencionalmente adapta-

APORTACION EXTRANJERA

das al estilo de vida de los nativos. No tenía sentido proveerlos de almohadas cuando siempre estuvieron habituados a apoyar la cabeza sobre una piedra. Se encontraban mucho más cómodos al encontrar condiciones de vida similares a las de sus casas. Sin embargo, las normas higiénicas eran observadas. Eran, naturalmente, normas simples y esa circunstancia las hacía eficientes. Posteriormente he trabajado en otros hospitales de diversos países donde reinaban condiciones similares y donde gente primitiva se ponía en contacto con un complicado sistema hospitalario moderno. El impacto daba lugar a extremos ridículos y algunas veces desastrosos. La confusión resultante de tal situación puede verse superada mediante una organización compleja y la disposición de un numeroso personal, cosa que no existía en Lambarené.

Estuve presente en la primera operación cesárea realizada en el hospital. Más de cien personas esperaban el resultado frente a la sala de operaciones. Cuando la enfermera salió con el niño, todos cayeron de rodillas y besaron su blanco delantal. Las emociones fuertes, intensas, suelen manifestarse en los nativos en forma de danza; así, cuando la madre salió del quirófano el público inició un prolongado "tam-tam".

Schweitzer permitía todo esto pues sabía muy bien que esa gente no podía actuar de otra manera. Esta comprensión contribuyó en gran parte a consolidar su reputación como amigo de los nativos.

El hecho que quizás mejor ilustre su actitud hacia ellos es la forma en que los preparaba para el retorno a sus aldeas. A los que residían en lugares lejanos (algunos debían caminar durante varias semanas a través de la selva) no les permitía marchar sino en grupos. El viaje de regreso era cuidadosamente planeado. Cada miembro del grupo recibía del hospital alimento suficiente para varios días, algunas monedas y una pequeña bolsita de sal (que en el interior vale más que el dinero). Presencí muchas de esas partidas y siempre me sentí impresionado con los cuidados que Schweitzer adoptaba en esas circunstancias.

Ello no debía en realidad sorprenderme, porque Schweitzer ponía el más extremo cuidado en todos sus actos. Solía decir, intelectuando su actitud, que el racionalismo debía conformarse, en cierto modo, a la realidad. Y el acto de despedir a sus pacientes era, probablemente, una expresión patética del grado de su éxito.

Comencé este artículo con una referencia a la imagen que el público tiene de Schweitzer, imagen que yo considero distorsionada. Hay otra razón para hablar de él como símbolo. El símbolo es bueno en tanto

Hans Zellweger

permita a la gente aproximarse a él de un modo realista. Cuando el símbolo llega a ser remoto, se convierte en algo estático y sin sentido: es la imagen corriente de Albert Schweitzer.

Por mi parte quiero ver en Albert Schweitzer un símbolo del bien en esta tierra; pero si no se logra destacar tal símbolo con la necesaria claridad, prefiero que se lo considere simplemente tal como aparece en el momento de agitar su mano en señal de adiós ante un grupo de nativos que parten hacia la selva: un anciano magnífico, que con el encanto de un alsaciano, el talento de un genio y la fuerza de un titán, convierte sus creencias en realidad. Un hombre dotado de una visión compasiva de la vida que dirige un hospital en la jungla.

(TRADUCCIÓN: *Dr. Marcos Cusminsky*)